

PRÓLOGO

por Daniel Lacalle*

Una aventura fascinante

Emprender. Crear un negocio familiar. Si existe un proyecto que combina riesgo y oportunidad desde una perspectiva que trasciende los aspectos puramente empresariales, ese es un negocio familiar. Buscamos un proyecto que genere rentabilidad y a la vez que pueda suponer un futuro laboral para nuestros hijos. De hecho, una empresa familiar es un microcosmos donde todos los miembros que participan son trabajadores, abogados, contables, gerentes y consultores.

Sin embargo, cuando afrontamos el reto de emprender solemos partir de una buena idea, mucho empeño y trabajo a raudales, pero poco conocimiento de la competencia, los retos y las dificultades burocráticas y macroeconómicas que rodean a cualquier empresa.

Recuerdo perfectamente cuando yo monté un negocio de restauración antes de casarme y tener una familia. La perspectiva ante el riesgo y las dificultades era completamente distinta antes y después de tener esposa e hijos. Nos aventuramos de manera más arriesgada cuando nadie depende de nosotros más que nosotros mismos... Y también caemos en errores estrepitosos cuando no contamos con alguien que se preocupa por nosotros para darnos consejos realmente valiosos.

Mi pequeño negocio se llamaba Taberna La Nacional y, mirando atrás, pienso cuánto me habría beneficiado poder contar en aquella época con una guía como la de este libro, con el conocimiento y análisis del ciclo económico que ofrece la Escuela Austriaca.

* Daniel Lacalle (1967) es economista, gestor de fondos, máster en Investigación Económica y profesor en Instituto de Empresa y UNED. Es autor de los *bestsellers* *Viaje a la libertad económica*, *Nosotros, los mercados* y *La madre de todas las batallas* (Deusto), y en inglés *Life In The Financial Markets* y *The Energy World Is Flat* (Wiley).

Mi formación económica comenzó desde la perspectiva neoclásica y keynesiana, que tiene aspectos absolutamente válidos y adecuados, pero siempre se usan, por parte del estado y sus bancos centrales, de manera indiscriminada y en exceso. La llamada de Lord Keynes a que el estado apoye la recuperación económica en épocas de depresión, cuando el sector privado ahorra o no invierte, siempre se toma con alegría y en exceso, ignorando las recomendaciones del propio Keynes de que el estado ahorre en época de bonanza. Esa parte no la leen los intervencionistas y convierten la política económica actual en un eterno estímulo estatal... que paga usted en impuestos. Así, mi acercamiento a la Escuela Austriaca vino por la constatación de los efectos dañinos de las políticas de intervención. Imprimir, devaluar, provocar inflación y endeudar.

Para mí, lo más importante de la Escuela Austriaca es que defiende la importancia de la libertad en la formación de precios como elemento de control, que el dinero no es neutral y que los tipos de interés y de beneficios son determinados por la interacción de distintos operadores con productividades marginales distintas, pero sobre todo muestra que, cuando los estados y los bancos centrales intervienen en las relaciones económicas, afectan de manera agresiva al sistema económico, creando procesos constantes de *boom and bust* —burbuja y pinchazo—.

Vivimos en una época en la que nos hablan de problemas como la inflación, el coste de la deuda y el acceso al crédito como si fueran problemas exógenos, que vienen como un OVNI volando desde la nada y de los cuales el gobierno y sus políticas no se consideran responsables. El gobierno no se equivoca, se equivoca el resto. Como el chiste del conductor que maneja en dirección contraria y oye en la radio: «Hay un loco en la autopista conduciendo en sentido equivocado», y dicho conductor grita: «¿Uno? Noooo, ¡todos!».

La inflación —el impuesto silencioso— es uno de los síntomas más evidentes, la fiebre del enfermo económico. El reflejo más claro de los desequilibrios impuestos por una decisión estatal de crear masa monetaria —imprimir dinero— sin respaldo del ahorro ni correlación con el valor real de la moneda en el mercado internacional. Como me decía una periodista en TV: «Si la economía es la misma, tenemos la misma mesa y el mismo vaso pero más billetes, el dinero vale cada vez menos». Y en

cambio, los estados que llevan a cabo esas políticas que atacan al ahorrador y al empresario o familia prudente, nunca se hacen responsables de la consecuencia de esa inflación excesiva, mientras minan los ahorros e ingresos de los ciudadanos, que cada vez valen menos.

Gran parte de este problema es que se nos hace ver la economía como una especie de juego de alquimistas donde bancos centrales y estados pueden crear «mágicamente» prosperidad desde la nada. Decía Lord Keynes que habían encontrado la fórmula para convertir piedras en pan usando la política monetaria... Y lo que hemos conseguido en algunos países ha sido convertir el pan en piedras, como decía Ludwig von Mises,¹ a través de la gestación constante de periodos de bonanza artificial seguidos de brutales crisis cuando estalla la burbuja creada por el estado.

Otro síntoma de enfermedad económica y desequilibrio es el exceso constante de déficit y aumento de deuda que, inevitablemente, conlleva subidas de impuestos y pérdida de renta disponible para familias y empresas ante la imposibilidad de mejorar la solvencia de un estado que persistentemente gasta mucho más de lo que ingresa. Y muestra otro síntoma de enfermedad grave: la crisis de deuda.

Con la crisis de deuda en algunos países y los brotes inflacionistas extremados en otros ha desaparecido también el halo de «confianza» y seguridad que cubría a gobiernos y bancos centrales que nos repetían que «el riesgo no existe» o «las posibilidades de un *shock* financiero están perfectamente cubiertas». O mi favorita: «El riesgo no existe porque siempre se puede imprimir», de Alan Greenspan. Al comprobar la falta de resultados de las políticas tradicionales de acudir a la inflación y la deuda para esconder los desequilibrios de la economía, muchos economistas y empresarios empezaron a escuchar con atención a los que alertaron sobre los errores de dichas políticas: Peter Schiff, Ron Paul, Huerta de Soto, Juan Ramón Rallo, Adrián Ravier; es decir, los economistas de la Escuela Austriaca. Los «aguafiestas» que descubrieron que el rey estaba desnudo. En mi caso, fue Peter Schiff quien me acercó a economistas como Friedrich von Hayek o Huerta de Soto, que defienden la libertad y que alertan de los excesos del intervencionismo.

¹ *Planificación para la libertad*, en <<http://www.elcato.org/bibliotecadelalibertad/planificacion-para-la-libertad/capitulo-iv>>.

La Escuela Austriaca nos puede ayudar a afrontar esa gran aventura que es emprender y formar un negocio familiar desde una perspectiva donde se reconozcan los ciclos económicos, se entienda la importancia del ahorro y se evite el riesgo de perder ante la represión financiera —devaluación y manipulación de tipos de interés—, valorando la prudencia y el análisis detallado ante los retos que, indudablemente, se nos presentarán. Y solo desde los fundamentos y recomendaciones de la Escuela Austriaca podremos navegar a través de las distintas tempestades provocadas por las políticas de gobiernos locales y extranjeros para conseguir que nuestra empresa, nuestro negocio, tenga éxito y sobreviva durante muchas décadas. Este libro es una excelente guía para poder conseguirlo. Ojalá lo hubiera tenido como lectura de cabecera cuando creé mi primer negocio. Disfrútenlo.